

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

ADVERTENCIA.

En vista de la buena acogida que ha tenido este periódico y de ser crecidísimo el número de suscritores que nos favorecen, es razon que, con la voluntad á nosotros posible, les manifestemos agradecimiento, haciendo á aquel mas estenso é interesante. Asi pues, constará LA AUREOLA, desde el próximo Enero, de dos pliegos de impresion, destinando no pequeña parte para copiar los artículos mas selectos de los periódicos de esta clase que se publican en el reyno. Cada trimestre se repartirá una elegante cubierta para formar el tomo respectivo.

Constante la empresa de LA AUREOLA en llevar á cabo sus proyectos de mejoras sin perjudicar al público que acoge sus trabajos como nunca hubiera ella acertado á deseár, deja el mismo precio de suscripcion, y promete para mas adelante reformar y enriquecer la parte tipográfica, como asimismo dar cada mes una lámina perfectamente litografiada representando los edificios mas notables de Cádiz, luego que se obvien las muchas dificultades que para ello se presentan.

EN LA TUMBA
DE ALFONSO XI.

No miráis ese túmulo olvidado,
Unico resto del mortal, que un dia
Por su fiera arrogancia y bizarría
De toda España se llamó la préz.
Mirad, aun ciñe su amarilla frente
Rico laurel de perlas y de oro,
Aun los cantares de celeste coro
Entonan hoy de hinojos á sus pies.

Bajó su yerta mano oprime un cetro,
Que cien años atras rigió á Castilla:
Su cortadora espada, sin mancilla,
Hora en su lado perezosa está.
Vengador de la fé le apellidaron,
Y vino jóven à ocupar su tumba,
Y sus vasallos fieles le lloraron
Muerto al furor de fiebre pertináz.

Alfonso, Alfonso, deja que mi llanto
Riegue, aunque inútil, tu sepulcro frio:
Deja que acuse tu destino impío.
Y esparza flores por tu tumba fiel.
Permite que recuerde tus victorias
Para egemplo inmortal de las naciones,
Que los reyes contemplen tus acciones,
Y que envidien los lauros de tu sien.

Apenas en tu frente la alborada

SEGUNDO TRIMESTRE. = 26 DE DICIEMBRE DE 1839.

Lució por dicha de la blanda aurora,
 Cuando en tu diestra firme, vengadora,
 El fulminante acero relució.
 Comprendiste al nacer tu alto destino
 Y á tu revuelto pueblo domeñaste,
 Y con saber, Alfonso, le enseñaste,
 Que eras niño en edad, fuerte en valor.

Venciste al moro en singular batalla
 Del Señor en la fé siempre apoyado,
 Y viste por los campos destrozado
 Su egército, y su gefe y su pendon.
 Regaron con su sangre, vil, impura,
 Los campos de la bella Andalucía,
 Y Abomelic que el trono apetecía,
 Al espirar, triunfante te miró.

Y en vano fué su numerosa gente,
 Vano su esfuerzo, su arrogancia vana,
 Que al golpe de una lanza castellana
 Su postrimer suspiro allí exhaló.
 Rico botin de púrpura y de grana
 Conseguiste, Señor, en la victoria,
 Y un renombre glorioso en nuestra his-
 toria,
 Un renombre que el mundo te legó.

Mas ¡qué tropel por el oriente asoma
 Que tala y quema y te destruye así,
 Siervos seràn del ídolo Mahoma;
 Turbantes berberiscos conocí.

Guerreros mil y mil; lúbricos cantos
 Entonan nuestras playas al mirar;
 Tal vez su canto, sì, cruel venganza
 A la española gente vá á amagar.

Venganza! gritan sus impuros labios,
 Venganza! entre los ecos del clarin,
 Y otra vez, y otra vez, venganza claman,
 Mezclada con las risas del festin.

Que vienen ¡ay! retira tus pendones,

Que pierdes, rey, de tu jardin la flor;
 Fuerza es ceder al musulmán; tú solo
 Animo tienes, religion y ardor.

Empero, nó, muramos, tu decías,
 Libres muramos por la fé de Dios;
 Antes lidiar y perecer, que esclavos,
 Y nadie nuestros cuellos humilló.

Dijiste, y ya, cual tempestad furiosa
 Que se alza pronto y alborota el mar,
 En las inmensas huestes agarenas
 El miedo infundes por dóquier que van.

En sangre tintas las arenas quedan;
 Tiñen las aguas púrpura y carmin,
 Y en todas partes el sagrado grito
Cierra Castilla se apercibe en fin.

Y ni uno solo de tu escasa cohorte
 Al furor de los viles sucumbió...
 Gloria al valor del hijo de Favila,
 Que tanto lauro al combatir ganó.

Por eso entre las páginas brillantes
 Que la historia inmortal nos grava fiel,
 Descuella la victoria del *Salado*
 Que ganó el *vengador de nuestra fl.*

.....
 Mi voz es débil y decir no puede
 Tanto destrozo y arrogancia tal...
 Despierta tú del lecho de la muerte,
 Y ven tus altos hechos à contar.

Y hora tu yaces olvidado y solo;
 Tal vez ninguno arrodillado aquí
 Tu claro nombre en su fervor invoca,
 Ni orla tu sien de rosas y jazmin.

Pero tu nombre para siempre eciste,
 Para gloria y modelo de valor,
 Y hora á tus pies postrado te contemplo
 Bañado en lloro y sacrosanto ardor.

HISTORIA.

EL MATRIMONIO.

Aunque sea muy probable que antes de la ley de Moises no consistiesen las ceremonias nupciales de los judíos mas que en la remision de ciertos presentes y en la celebracion de una fiesta para dar publicidad á aquella transaccion social, los rabinos, siempre fecundos en invenciones, aseguran lo contrario. Ya se usaba, dicen, que los padres y parientes de los futuros esposos arreglasen entre sí las estipulaciones del matrimonio. Las dos familias se hacían obsequios recíprocos, y firmaban el contrato en presencia de testigos. En el dia designado, que por lo general era un viérnes para las doncellas y un juéves para las viudas, se leía el contrato ante diez personas, todas de competente edad y de libre condicion, y estas debían firmarlo. La esposa se presentaba cubierta con un velo, como Rebeca, que tambien lo llevaba, cuando fué á presentarse á Isaac. Sus parientes decían entonces al esposo: «recíbela, segun la ley de Moises;» y éste respondía: «segun la ley de Moises la recibo.» Los circunstancias prorrumpian en mil bendiciones para los desposados, y las vírgenes entonaban un epitalamio, que se asegura estaba concebido, poco mas ó menos, en los términos siguientes: *«Bendito sea el Señor de cielos y tierra, que creó al hombre á su imágen y semejanza, y le dió una muger para que fuese su compañera! Bendito sea el Señor que ha inundado en alegría la ciudad de Sion, con la multiplicacion de sus hijos! Bendito sea el*

Señor que derrama júbilo puro en el alma de la esposa y del esposo, y que les prescribe amor, ternura y paz recíproca! Bendecid, Señor, á Judá y á Jerusalem, como bendecis á los nuevos esposos!»

Terminada la ceremonia tenia lugar un convite, espléndido en proporcion de las fuerzas de cada familia, y aseguran los rabinos que era de institucion divina la danza con que se daba fin al banquete, bailando las mugeres al rededor de la novia, y los hombres en torno del novio. Añaden que duraba la fiesta tres dias, si la novia era viuda, y siete dias si era doncella. Esta ley, continúan los rabinos, era tan indispensable, que si un hombre se casaba con mas de una muger en un dia, tenia que celebrar la fiesta de los tres ó de los siete dias, por orden de preferencia, para cada una de las mugeres con quienes se había casado.

Los egipcios atribulan la institucion del matrimonio á Menes, su primer soberano; y debe creerse que fuese antiquísima en un pueblo tan cuidadoso y esmerado en perfeccionar la vida social. Tenemos algunas luces acerca de los lazos y obligaciones del matrimonio entre los egipcios, aunque ignoramos como se contraía. La historia de los filisteos, la de los cananeos, la de los cartagineses, y las de otros muchos pueblos, están envueltas para nosotros relativamente á este asunto, en la misma oscuridad. Puede presumirse, sin embargo, que los filisteos no tendrían mas que una legislacion muy imperfecta respecto del matrimonio, pues durante la ausencia de Sanson, entregó su suegro á otro, en calidad de esposa, á su hija Dali-

la, muger del primero. Los antiguos Asirios dieron tal vez al matrimonio una forma mas regular y estable que las naciones contemporáneas. Reunían una vez al año todas las jóvenes núbiles, y por pregon se anunciaban al público, una despues de otra: la rivalidad de los hombres opulentos hacía subir en ocasiones á muy alto precio la adquisicion de una muger. Aquel dinero se depositaba, y servía para dotar á las jóvenes ménos liberalmente obsequiadas por la naturaleza, que á no ser así no hubieran hallado marido. Cuando se concluía la venta de las hermosas, se pasaba á proporcionar colocacion á las feas, y el pregon proponía con el nombre una suma proporcionada; de suerte que la menos favorecida en otro sentido llevase mas dinero. Los Asirios establecieron un tribunal para conocer esclusivamente de todos los asuntos contenciosos relativos á matrimonios; y esto prueba que la institucion interesaba mucho los cuidados del gobierno. En cuanto á las ceremonias para celebrarlo nada se sabe á punto fijo, ni de los Asirios, ni de las otras naciones de la época.

Se ignora si Cecrope, primer rey de Grecia, que vivía segun algunos cronologistas en tiempo de Moises, hizo que se conformasen los griegos con los ritos nupciales de los egipcios, ó si inventó él otros. Lo que nos dice la historia se reduce á que desde los tiempos heróicos, se celebraba en Grecia despues de contraido el matrimonio una fiesta en que reunidos amigos y parientes de los desposados se solazaban y regalaban; y que en memoria de aquella edad remota en la que los hombres subsistían con solo los fru-

tos de la tierra, no cultivada, se presentaba á los novios un canastillo con nueces y pan. Sin duda imitando esta costumbre, los romanos prodigaban como obsequio las nueces en los festines nupciales. Cuando las dos familias habian prestado su consentimiento, se procedía á contraer los esponsales. *Yo os doy mi hija*, decía el padre de la novia; y los desposados obligaban mutuamente su fé con un ósculo, ó estrechando uno á otro la mano derecha, que era en Grecia la costumbre general para poner el sello á toda clase de obligaciones. Los tebanos prestaban juramento de fidelidad delante de la estatua de Yolao, á quien despues de su deificacion miraban como protector de los amantes. En Aténas las vírgenes, al entrar en edad de casarse, ofrecían á Diana un presente en solicitud de permiso para verificarlo. Se creía que aquella Diosa, protectora de la castidad, cuidaba particularmente de las doncellas; y por esta causa iban á Briauzon, aldea de las inmediaciones de Aténas, y pedían tambien perdón á Diana, delante de otro simulacro suyo por haber pensado en contraer matrimonio, lo mismo que ejecutaban los Beocios, sacrificando en las aras de aquella Diosa, para que no les castigase por ello. Las otras divinidades, en particular Júpiter, Juno, Minerva y Vénus, tenían parte igualmente en las oblaciones que se ejecutaban con tal motivo. Los lacedemonios escigian un sacrificio á Vénus ofrecido por la madre de la novia. Usábase tambien en Grecia cortarse los desposados algunos rizos de pelo y presentarlos á los Dioses. En el momento de la celebracion de la ceremonia, se inmolaban víctimas, arrancándoles

las hieles que eran arrojadas detras del altar, como para recomendar la ausencia de toda incomodidad entre los desposados. Eran examinadas luego con la mayor atencion las entrañas de la victima, y si se infería algun agüero siniestro, se suspendía todo, y aun se renunciaba al matrimonio, que á pesar de que estuviese muy adelantada la ceremonia solía suspenderse si algun mal presagio indicaba la reprobacion de los Dioses. En las bodas de Clitofon y de Celigona cogió del altar una águila un pedazo de la victima, y los circunstantes, aterrados, huyeron en la mayor consternacion. Los buenos presagios acrecían el júbilo hasta el entusiasmo, y entre ellos el que se tenía por mas favorable era la aparicion de dos tórtolas: si aparecía solo una se juzgaba que el matrimonio debía ser infeliz.

Sucedió en muchas ocasiones que los interesados en impedir que se celebrase un matrimonio lo consiguieron por medio de la aparicion de una tórtola; y es presumible que no faltase un par de ellas en las bodas en que hubiese interes de presagiar felicidades. Los esposos se ataviaban ricamente, y llevaban coronas de flores. Adornábase con guirnaldas el domicilio conyugal, y en la puerta colgaban una mano de almiréz. Conducían á la novia por la noche á su nueva habitacion en un carro, sentada entre su marido y uno de los parientes. Iban delante esclavos con hachas encendidas, y una multitud de cantores y de bailarines. Cuando la novia bajaba del carro, se arrancaba y entregaba al fuego el eje, para significar que ya no tenía libertad de volverse. Al entrar los esposos en la casa se les ofrecían fru-

tas de todo género, y en seguida se daba principio al festin doméstico, durante el cual eran invocadas las deidades tutelares del matrimonio; se cantaba y se bailaba; y autores griegos aseguran que todas estas demostraciones no tendían á otra cosa que á consagrar con la publicidad el enlace contraído.

Al retirarse los novios á su cuarto, cesaban los cánticos y las danzas: el padre de la desposada la lavaba los pies con agua de la fuente de Caliroe á la que la supersticion atribuía misteriosas virtudes, y despues se la conducía al lecho acompañada de un número de antorchas proporcionado á su gerarquía. La madre de la desposada ataba la cinta de su tocado á una de ellas, y tenía el derecho esclusivo de encenderlas; y se lee que las matronas griegas hacían mucho caso de aquel privilegio. Solos ya los novios, debía cumplirse otra obligacion impuesta por las leyes atenienses: era preciso que comiesen un membrillo. Los jóvenes de ambos sexos volvian á entonar epitalamios á la puerta del aposento, y se retiraban hasta la mañana siguiente, en que se presentaban de nuevo, cantando tambien. Tales fueron, con corta diferencia, las principales ceremonias de los griegos en sus bodas.

Los romanos distinguían tres especies de matrimonios; por *conferracion*, por *coempcion*, y por *servicio*. Llamábase *conferracion* el enlace matrimonial respecto de Pontífices y Sacerdotes: las ceremonias en este caso se hacían por uno de ellos, y consistían en dar á comer á los novios una torta de trigo, amasada con agua y sal, ofreciéndose parte de ella, con otras obla-

ciones, á los Dioses tutelares del matrimonio. Los esposos celebraban luego la ceremonia de *coempcion*, obligando recíprocamente su fé, y dándose cada uno una moneda. Este fué el uso mas general entre los romanos, aun despues del establecimiento del cristianismo. Cuando se introdujo la costumbre de hacer que los matrimonios constasen por escrito, y de otorgar un dote á la esposa, se llamaron aquellos registros *tabulæ dotales*. El matrimonio por *servicio* era resultado de la casualidad, y tenía lugar en cualquier tiempo para legitimar los hijos, contrayéndose entre personas ya relacionadas.

Quando se trataba de celebrar matrimonio por *conferracion* ó por *coempcion*, se consultaba á los augures, para que declarasen la voluntad de los Dioses, é indicasen un dia favorable á la celebracion. Una vez firmado el contrato, se sellaba por los parientes, depositándose el dote en poder de uno de los augures: el novio regalaba á la novia un anillo de hierro. El dia de la boda, cuando peinaban á la novia, le dividían con la punta de una lanza el pelo en seis mechas, como lo usaban las Vestales, para que entendiese que no por casarse debía dejar de vivir como Vestal en cierto sentido. Coronábanla de verbena mezclada con

otras yerbas que habian de ser cogidas por la mano de la novia, y encima de la corona le ponian un velo.

En la antigua Roma, en el momento de la celebracion, se colocaba en el cuello de los contrayentes el yugo llamado *conjugium*. Cinco muchachos que habian de lavarse y perfumarse al efecto, llevaban antorchas en honor de los cinco númenes del matrimonio, Júpiter, Vénus, Juno, Diana, y la Diosa de la persuasion, porque en Roma la doncella debía de hacer ostensible repugnancia al sacrificio de la virginidad. Era conducida al domicilio de su esposo, despues de haberla arrancado con aparente violencia de los brazos de su madre ó de los de alguno de sus mas procsimos deudos. Preguntábanle al llegar: quién sois? y ella respondía: *soy Caya*, es decir que se proponia imitar á la famosa *Caya Cecilia*, tan venerada por sus virtudes domésticas. Antes de entrar la purificaban con el agua lustral, y se tenia gran cuidado de que no tocase con sus pies el umbral de la puerta, de suerte que pasaba sostenida entre varias personas. Inmediatamente despues le presentaban las llaves de la casa, y al día siguiente se daba el banquete de familia. Mezclábanse en todas estas ceremonias muchos cánticos análogos á las circunstancias. —(P. de M.)

A LA MEMORIA

DEL Sr. D. JOSÉ MARIA ROLDAN,

CÉLEBRE POETA DE LA ESCUELA SEVILLANA.

Melancólicas, tiernas y armoniosas

De tu laud las cuerdas resonaron,

Y al agitado corazón llevaron
 La calma y las virtudes candorosas.
 De Rioja y Herrera silenciosas
 Las sombras en la noche te escucharon;
 Bendigieron tu nombre, y lo grabaron
 En el sublime asiento dó reposas.
 ¡Oh si mi voz que tu cantar eleva
 Allá, Danilo, resonar pudiera,
 Cuando un recuerdo de tu gloria lleva!
 Entonces de tu lira el son pidiera,
 Con que à los hombres una vez conmueva,
 Y ensaye el canto que *inmortal* te hiciera.

Sevilla—1839.—FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA.

LA VIRTUD.

CONTEMPLACION FILOSÓFICA.

*Fractur illabatur orbis
 Impavidum ferient ruinae.*

HORACIO.

En vano la celeste bóveda caería á plomo sobre la serena frente del hombre desconocido que practica la virtud sin las vanidades de la tierra. Impàvida su cabeza como la palma del desierto que no rinden los huracanes, se alzaría sobre las ruinas del mundo, gozosa con sus esperanzas y con la sonrisa inefable de una conciencia sin tacha.... Este es el ser privilegiado que no cantará jamás la poesía de los profanos porque hasta las dulzuras de la lira son galanas falsedades que se rinden al orgullo ò á las miserias del hombre. Mirádle en su desaliño, en ese círculo estrecho de los hogares domésticos. Hace la felicidad de la esposa que le adora, sabe educar á sus hijos sin el lujo de las ciencias, inculcándoles la profunda sabiduría de a-

mar á sus semejantes, de poner freno á sus pasiones, y de creer que hay un Dios visible en el universo desde la grande catarata hasta el invisible insecto. ¿Pudiera este modesto ciudadano revelarnos por ventura, su desconocida existencia en los anales del mundo? ¿Que podrían decir los hombres de quien no ganó batallas, de quien no vertió la sangre de millares de familias, de quien no imitó á los tigres? La carrera de su vida, sus obras de caridad, las lágrimas que enjugara, solo pudieran leerse en sus íntimos consuelos, en la afabilidad de su semblante y en la tranquilidad de su muerte. Tendido en ese lecho nupcial que jamás manchára el crimen, ni el voraz desasosiego, ni el aguijón de los celos, cubierto su blanco rostro con un diluvio de lágrimas, y con las bendiciones del mendigo se duerme con el Señor para volver á nacer con la energía de un alma santa entre los celestes coros. No le suceden mausoleos ni dorados epitafios. Su cuerpo vuelve á la tierra, y despues de algunos años tan solo una cruz humilde y algunas ro-

sas silvestres son los indicios de su tumba.

Virtud santa! yo te ensalzo porque no niego tu existencia como el orgulloso ateo de corazon corrompido que creyó cumplir deberes, mofandose de los cielos. El miserable no ha palpitado con emociones indecibles ante la inmensidad de los espacios. No ha discernido la materia de la sabiduría del Arquitecto. No ha tenido la fortuna de admirar el espectáculo de tanto globo rutilante, de tanto mundo invisible y de tan grandiosa armonía. No ha elevado su alma à Dios desde el átomo de un navío, desde esta maravilla del hombre sobre la inmensidad del océano, ni jamas se ha conmovido ante la calma de la noche despues de una larga ausencia oyendo las vibraciones de las campanas de la patria. Achicado en su vivir, dudoso de su destino, *entre inútiles certidumbres*, es un miserable autómatas que gastaron los placeres, que se iguala con los brutos, y que asustado de la muerte se enloquece y se suicida.

La virtud no es una quimera, ni un instinto fortuito, ni un accidente casual en el corazon del hombre, ni tampoco ha consistido en la piedad ponderada de Tito, en la continencia de Scipion ni en la aparente sobriedad de un Alejandro. Aquellos rasgos brillantes, ricas flores de la historia, fueron rasgos meditados para engañar la muchedumbre y amoldarlas á su antojo. Dista mucho de la lágrima involuntaria que se derramó por las desgracias del hombre ó del íntimo placer que experimenta el corazon, cuando un brazo vigoroso sirve de robusto apoyo á la ancianidad de un padre. La virtud se hace visible como el poder del Eter-

no en la modesta doncella que lucha con valor heróico contra el sadorctor infame; y consuela la humanidad afi-gida en la fidelidad de la esposa y en la constancia de los mártires. Como emanacion divina ha producido otro heroismo superior á la falsa gloria de este mundo envilecido, ya en el interior de las familias, ya en los tesoros del llanto, ó ya en la paz del infortunio. Ni el amor propio, ni el orgullo, pueden hacerla intervenir en las acciones del hombre. Aparece como Dios para llenar nuestras almas de fruiciones celestiales, indicándonos el camino de recompensas perdurables. Esas sonrisas de la fortuna, esas coronas preciadas, esas querellas de la tierra, esos laureles de sangre, valen menos que ese sabio agoviado de cadenas que no cambia de color delante de sus verdugos, valen menos que el abrazo de dos amantes virtuosos, y que el secreto gozo del alma socorriendo al indigente. ¿Qué son las prosperidades del vicio, la acumulacion de las riquezas, ni la ambicion desmesurada en pos de una gloria falsa que se deshace como el humo, si en las lágrimas del mundo aparece la virtud como una aureola celeste, ó como el astro del dia que eclipsa todos los astros? Los consuelos que procura son los tesoros del hombre y el origen de la paz en las misereras cabañas. El oro y las piedras preciosas son buscadas con afan por nuestra sed ambiciosa, y la modesta virtud siempre propensa á reirnos, por dò quier la despreciamos. Como la violeta del césped es hollada por nuestra planta, y nos encanta su fragancia. Nos cansamos del deleite en sus variadas orgias buscando un reposo vano, cuando el hombre de los campos lleno de

vigor y vida se encamina á sus trabajos. ¡Qué singulares contrastes en el hijo de la fortuna y en el hijo de la patria!.... Aquel viene enagenado meditando seducciones contra la imprudente doncella que creyó salir ilesa de la lucha que la envanece, y éste marcha lentamente á la heredad de sus abuelos para sudar de continuo por el sustento de sus hijos. No le conducen carrozas con caballos desbocados, ni le esperan los banquetes, ni las ruidosas bacanales, pero la virtud le va siguiendo porque la siente en su alma; las avecillas le saludan, y al regresar al pobre albergue con las caricias de su esposa se olvida de sus fatigas, y sus sueños son tranquilos. El peso de las coronas, el hastío de la opulencia, la ambición de falsa gloria y la injusticia de la tierra, no conturban su descanso, y si la miseria le circunda se entrega á la Providencia con una conciencia pura, y la Providencia no le falta, porque Dios ha dicho al hombre: «QUIEN ME IMPLORA ES SOCORRIDO.» Virtud santa y perseguida, yo me deleito en invocarte en la edad en que vivimos, yo reconozco tu existencia, y feliz el que te sigue! ¿Por qué arcano incomprendible así te es-

trañas del mundo, y los débiles pigmeos, á imitación de los Titanes, osan escalar el cielo? ¿Por qué no templas los rencores que como la ardiente lava van yermando nuestro suelo, y el hermano y el hermano se destrozan mutuamente?... ¿Por qué las pasiones viles, las intrigas y las mañas, usurpan la propiedad del modesto ciudadano que supo acatar las leyes dando al César su tributo?... ¿Y por qué la especie humana es un tegido de imposturas, un abismo de discordias y un dedalo despreciable?... Tú lo has dicho y lo olvidaba: Mensajera de un Dios justo, has escogido de los hombres esa ciencia que no tienen, ese dominio de sí mismos y esa creencia religiosa de que existe un Ser Supremo y una gloria perdurable. Pese á la filosofía de este siglo en que vivimos: amóntó-nense en su templo los delirios de *aquí abajo*, y los conceptos elogiados por las pasiones insensatas... el santuario de los hombres es un árido desierto: ni el bordon del peregrino, ni las pisadas del naufrago, ni las congojas de la esposa, ni los suspiros de una madre, han resonado jamás en sus ámbitos helados.

ILDEFONSO MARZO.

LA VIDA.

Ráfaga boreal la triste vida,
 Cual lluvia de verano, veloz pasa;
 Y devorante y sin piedad arrasa
 Hasta la rosa pura y encendida.
 Cuando mas nos halaga y nos convida,
 Mas ligera se ahuyenta, es mas escasa:

Y entonces inclemente nos abrasa,
 Y de nosotros huye endurecida;
 Infeliz, pues, la suerte del humano
 Nacido solamente á la tristura
 En este mundo de falacia y dolo;
 Pues cuando empieza á disfrutar ufano
 El encanto que ofrece la ventura,
 La voz «eternidad» escucha solo!!

MANUEL CAÑETE.

ENRIQUE Y ELISA.

NOVELA ORIGINAL.

II.

(Conclusion.)

Mr. de Tracy no pudo resistir por mas tiempo á tal conjunto de gracias, y concluido el paseo demostrò á Mr. Leblond que su único anhelo era unirse á tan encantadora jóven. Orgulloso éste al contemplar que iba à ser padre de uno de los favoritos del Emperador, accediò gustoso, fiado solo en la ciega obediencia de Elisa, y en el olvido en que á su parecer tenia à Enrique.

Apénas se separò de él Mr. de Tracy, la llamò y la dijo.

-Hija mia, de tí depende nuestra suerte; Mr. de Tracy acaba de pedir-me tu mano; aunque no es jóven, su figura no es despreciable; posee cuantiosas riquezas, es favorito de nuestro Emperador, y quién sabe si con el tiempo será uno de nuestros gobernantes. Espero no desairarás la palabra que le he dado de que serás su esposa.

-¿Cómo? yo su esposa?... ¿habeis concertado mi matrimonio sin habérmelo dicho ántes?... ¿no sabeis que Enrique tiene mis promesas?... ¿no sabeis?....

-Sé que ese jóven hace ya tiempo que no escribe; tal vez te habrá olvidado por alguna hija de la Bética.

-No; imposible: Enrique me será fiel hasta la tumba, y no podrá olvidar nunca su primer amor: ¿no visteis sus lágrimas el dia que partió? ¿no habeis comprendido aun la nobleza de su pecho?

-Bien, hija mia: ¿y si hubiese muerto á manos de los españoles?

-¡Ah! Entonces, entonces solo debería llorar y consagrarle mi existencia, ya que por mí la habla perdido él.

-Sí, y tambien perderá la suya tu padre lleno de disgustos, por tu causa; pero cuando la fiera parca estienda hácia mí sus descarnados brazos, me oirás dar un grito, un grito de maldicion que retumbará en tus oidos y que caerá sobre tu cabeza....

-¡Ah, padre mio! (esclamó confundida Elisa) perdonadme, si, yo os obedeceré; quiero perder mil vidas antes que faltaros al debido respeto.
 Pocos dias despues estaba dispu-

to todo para efectuar el himeneo.

ció que la víctima era conducida ante el sacerdote.

III.

Horroroso espectáculo presentaban las cercanías de la villa de Ocaña el día 20 de Noviembre de 1809. Un sangriento y desgraciado combate para las armas españolas habia tenido lugar en aquellos sitios, y, al par que se notaban miembros palpitantes y lagos de sangre, una densa niebla envolvía mas de 15,000 desgraciados prisioneros, que eran conducidos á Paris por varias divisiones francesas. En una de ellas veíase un jóven, cuyo alegre semblante demostraba la satisfaccion de su alma. Era Enrique Didier, que lleno de esperanzas volvía á su patria, donde esperaba hallar á su Elisa, bella y enamorada como el dia de su despedida. Con tan lisongera idea cruzó á España, y llegó á Paris el mismo dia destinado para las bodas de su amada. Ya el sol se acercaba hácia el ocaso; y esta infeliz, acometida de una fiebre ardiente, se dejaba adornar por sus doncellas para ser conducida ante el ara, y pronunciar unos juramentos que reprobaba su corazon.

Luego que hubo quedado sola, abundantes lágrimas corrian de sus ojos, últimas que el honor le permitía derramar por la muerte, ó increíble olvido del que fué y aun era objeto de su cariño. Ignoraba que su padre, ambicioso de este enlace, la ocultaba los espresivos billetes del mas fiel de los amantes.

En esta situacion la halló el autor de sus dias, cuando vino á buscarla para que le siguiese á la sala donde esperaba el convite de boda. Poco despues el ruido de los coches anun-

IV.

Magnífica á la verdad estaba la iglesia de Santo Tomas de Aquino. Colgaban de sus espaciosas bóvedas multitud de arañas de limpio cristal, sus paredes estaban revestidas de terciopelo carmesí con franjas de oro, y el rico pavimento cubríanlo primorosas alfombras.

Ya la noche habia tendido su velo sobre la infeliz cabaña y la opulenta ciudad, y Enrique pasaba por la puerta de este templo, del que á la vez salía una nube de aromas deliciosos, mezclada con los ecos del órgano sonoro que acompañaba el himno epitalámico. Por un impulso de curiosidad, entra, y se dirige al altar donde se celebraban las bodas; pero ¿qué es lo que se presenta á su vista?... La mano de Mr. de Tracy estaba unida á la de Elisa, y el ministro del Señor acababa de bendecir á los esposos. El furor de los zelos, el desengaño que vé en su perjura amante, estravian su razon, y con un movimiento convulsivo saca la espada que con tanta gloria ciñera, y puesta la acerada punta sobre el corazon, y el puño en el suelo, exclamó: »Elisa, Elisa, te has unido á otro hombre; ya no quiero conservar mi vida: ¡adios!...» Al distinguir ésta la voz de Enrique, corre precipitada hácia él; pero... ya era tarde; el cruel acero habia herido el corazon que solo palpitó por ella, y, al acercarse, la sangre que de él salía á borbotones salpicó su vestido nupcial. Este atroz acontecimiento la hizo caer desmayada. Al golpe que dió, Enri-

que entreabre sus párpados, y vé junto así el pálido rostro de su amada; hace un esfuerzo..... estiende hácia ella sus ya débiles brazos... y exhala el último suspiro, mostrando á la vista de todos el grado de brigadier que le habian conferido en premio de sus servicios, y con el que marchaba á buscar á Elisa su prometida esposa.

==AGUSTIN SALIDO.

(A. de G.)

VARIEDADES.

MODO DE ESPECULAR.

Hace ya muchos años que un artesano de Londres, excelente nadador, se mata por lo regular tres ó cuatro veces todos los meses. Por el verano se arroja en el Támesis, procurando escoger el sitio en que hay mas gente paseando: un compañero le saca del agua en el momento en que pudiera ahogarse, y le pone en la orilla. A los curiosos que se acercan les refiere que es un trabajador falto de obra, y pereciendo de miseria. Todos los circunstancias desocupan sus bolsillos y le socorren al desgraciado, que muchas o-

ciones ha llegado á reunir en una vez 200 francos.

Cuando llega el otoño, ya tiene que escoger otro modo de suicidarse. El agua del Támesis no está muy caliente en esta época; y el industrioso trabajador no se ahoga entonces, se ahorca. Cuando empieza á caer la noche cuelga una maroma á un farol de reverbero á la esquina de las calles ó de las plazas mas frecuentadas, se arrolla al gznate la otra punta de la lia, se sube á un guarda canton, y él mismo se lanza en la eternidad. El compañero acude al momento, corta el cordel, y llama «socorro.» Acude la muchedumbre, se paran los carruages, se preguntan, se embrollan unos á otros, hasta que saben que la miseria es la que ha obligado al infeliz á tal desesperacion; y vuelta á llenar de monedas el gorro del infeliz.

Este hábil hombre de industria, en el dia se ha retirado de sus negocios, y ha renunciado al suicidio. Tiene un capital considerable, y vive cómodamente de sus rentas.

(M. de M.)

INDICE.—*Advertencia.*—*En la tumba de Alfonso XI; poesia.*—*Historia; el matrimonio.*—*A la memoria del Sr. D. José Maria Roldan, célebre poeta de la escuela sevillana; soneto.*—*La virtud; contemplacion filosófica.*—*La vida; soneto.*—*Enrique y Elisa; novela original; conclusion.*—*Variadas; modo de especular.* Album.

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

IMPRENTA DE LA AUREOLA,
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.